

Jaime ALVAR - José María BLÁZQUEZ (eds.) *Héroes y antihéroes de la Antigüedad Clásica*. Madrid, Edic. Cátedra, 1997, 332 pp. I.S.B.N.: 84-376-1505-4

El material organizado en el presente libro tiene como eje el devenir, a través de la Antigüedad Clásica, de la representación del héroe y de su contracara, el antihéroe. El personaje heroico atraviesa la historia de los imaginarios colectivos y a partir de allí la historiografía ha elaborado su propio discurso y ha instituido la tradición heroica. Volver al estudio de las fuentes se convierte en una necesidad al momento de intentar legitimar el discurso de la tradición.

José María Blázquez, "Aquiles y Paris: dos héroes antagónicos", revisa y ordena las abundantes fuentes literarias y artísticas de aquellos hechos de la vida de Aquiles que fueron perpetuados por artistas griegos y romanos. Si a Aquiles la memoria colectiva y activa le reservó un espacio privilegiado, la suerte de Paris no fue tal. Mientras que las plasmaciones artísticas de la vida de Aquiles narran momentos de su vida que dan indicios de su grandeza (el baño en la laguna Estigia, Quirón como su pedagogo), el episodio preferido para inmortalizar a Paris (el juicio de las tres diosas) no se puede decir que sea un retrato muy feliz. Frente a la figura de Paris, el rostro de Aquiles se impone como el perfil más perfecto del héroe homérico.

José Luis López Castro, "Los héroes civilizados: Melqart y Heracles en el Extremo Occidente", instala la dicotomía héroe-antihéroe desde la representación sostenida por la civilización (centro civilizado) o por la barbarie (periferia incivil rural o no urbana). Melqart y Heracles son dos héroes civilizados y civilizadores de territorios periféricos en las colonizaciones mediterráneas que se presentan como ordenadores del caos y de los ámbitos político y social. Heracles se presenta como el conquistador de una geografía peligrosa, el desconocido Extremo

Occidente. Todo el mito de Heracles actualiza la rivalidad civilización-barbarie, un mito que legitima la apropiación de espacios de los griegos gracias a la acción civilizadora que termina poniéndole fin a la acción bárbara. Las acciones de ambos (los viajes, las fundaciones de ciudades, la protección de los colonos, sus relaciones con la muerte y la fecundidad) sostienen y avalan sus categorías heroicas.

Domingo Plácido, "La ciudad se define: Sócrates y los sofistas", intenta dar cuenta del error en que la historia del pensamiento ha incurrido al haber desdeñado la labor de los sofistas. En el siglo en el que Platón y Aristóteles (con su marcada raíz socrática) son el centro de las miradas, los sofistas entran en juego y proponen, desde su enseñanza, una novedad: la instauración de la palabra como un bien de cambio, una palabra democrática que se oponía al pensamiento socrático. Si la hegemonía socrática marca un hito en el campo de la filosofía, los sofistas corporizan un estado de democracia que la historia del pensamiento debe saber rescatar.

Arminda Lozana, "Alejandro ante el cínico Diógenes: La confrontación del pensamiento y la acción", ubica en extremos opuestos del problemático siglo IV en Grecia las figuras de Alejandro y de Diógenes. Alejandro, el ejemplo del héroe liberador, ansioso de conquistas y de gloria, se emparentaba con Zeus y con Heracles, relaciones que lo ayudaron a producir su imagen de rey sobrehumano. Con la derrota de los persas un nuevo territorio se anexaba a su poder y ponía en juego toda una serie de estrategias para evitar que la victoria resultara una conquista. Frente a esta figura casi omnipotente, su contrario Diógenes de Sínope, el cínico por excelencia, un predicador de la vida simple y austera, un enemigo del nomos, el hombre que despreciaba la vida cívica ateniense y que consideraba la libertad como el mayor de los bienes. Alejandro y Diógenes son dos caras de una misma época: el hombre griego que abría nuevas puertas para un mundo que se iba cerrando y el otro hombre griego que temía que el nuevo sistema terminara destruyendo la libertad a la que los griegos estaban acostumbrados.

Jorge Martínez Pinna, "Rómulo y los héroes latinos", se interroga acerca del momento en que los latinos sintieron la necesidad de encontrar un fundador para su ciudad. Roma, sin poder sustraerse del alcance cultural de los griegos, desarrolló su propia historia fundacional en los comienzos del siglo IV a.C. e hizo protagonista de esa historia a Rómulo. Una gran leyenda se gesta alrededor de este personaje: su nacimiento, el abandono, la loba, el mito de la exposición. Rómulo, Latino, Caeculo, Caco son algunos de los nombres de los héroes latinos que pueblan la historia de Roma y que resumen las características del héroe latino.

Jaime Alvar, "Héroes ajenos: Aníbal y Viriato", estudia las motivaciones que conducen a la creación, adopción, usurpación, asimilación o repudio del héroe ajeno. Rescatar y engrandecer los valores del enemigo han sido tareas propias de los autores clásicos quienes han ejercitado el oficio de una literatura moralizante. Y en este ejercicio han sabido utilizar la valoración que la historiografía al servicio de la moral imperante hacía de ciertas virtudes de personajes de otras tierras para llevarlos a la categoría de héroes. Las figuras de Viriato y Aníbal son un ejemplo más.

José Manuel Roldán Hervás, "Cicerón y Catilina: un episodio de la crisis republicana", pone en escena el complejo juego de relaciones, alianzas y rivalidades que ocuparon los últimos años críticos de la república romana. Tiempo en el que convivieron muchas figuras que pretendían ser políticamente prominentes. Epocas en las que todos se creían portadores de la salvación para Roma: Sila, Pompeyo, Craso, César, Cicerón, Catilina. Este último se erige, en contraposición al resto, como precursor del futuro político de Roma. Su levantamiento es el primer intento después de la muerte de Sila de dar comienzo a una guerra civil. Si la oratoria ciceroniana había hecho de este personaje un antihéroe, la historia del pensamiento debe reflejar lo heroico de su frustrado plan.

Juan Santos, "El ideal del buen y del mal gobernante: los casos de Nerón y Trajano como modelo", insiste en el hecho de tener en cuenta las circunstancias históricas, políticas y sociales para poder

realizar un juicio medianamente objetivo de Nerón y de Trajano. La tradición histórica ha sido dura con el primero y más favorable con el segundo. Nerón es el paradigma del tirano inhumanamente cruel, despótico, envuelto en un carácter divino y con inclinación al vicio. Trajano se presenta como la contracara. Un hombre que se somete a las leyes, la condensación del aristócrata pacífico y el jefe militar, un gobernante respetuoso de las instituciones, un humanista, un héroe.

Fernando Gascó, "Luciano, de filósofos virtuosos y embaucadores a lo divino", da cuenta de la adhesión de Luciano a la doctrina propagada por Nigrino y de allí su carácter de converso y su nueva forma de entender el mundo. A las virtudes que propugnaba Nigrino (austeridad, libertad, franqueza, libertad) Luciano les asigna una cuna: la Atenas del siglo V. Y opuesta a Atenas, Luciano ubica a Roma, el lugar del adulterio la avaricia y el perjurio. Los rasgos con los que Luciano critica la degradación de Roma son comunes a los que emplea Juvenal. Si Luciano reivindicaba la Hélade como el lugar de las virtudes, Juvenal atribuía a los griegos el estímulo para el desmoronamiento moral de la ciudad. Estas dos formas de vida son la confrontación entre dos ciudades: Atenas y Roma, una la Hélade, la otra, el Imperio. Luciano intenta dar cuenta con su vida y su obra de la figura del filósofo honesto, mientras que se encarga de desmitificar a sus propios antihéroes: Peregrino Proteo y Alejandro de Abonutico, personajes que él considera detestables, representaciones de la misma Roma.

Antonio Piñero, "Cristianismo primitivo y estado", presenta a Jesús y a la comunidad Jerusalemita más primitiva como representantes de una ideología religiosa que les impedía cualquier intervención en el Imperio. Jesús se erige como la figura del instaurador de una nueva Jerusalén, cuyo Reino no es el reino del Imperio, sino el de Dios. Y desde allí los sectores del poder leen la presencia de Jesús como un peligro, como un hombre capaz de conducir a la masa contra el orden político y social. Si bien Jesús rechazaba la participación política, no dejaba de poner en crisis la situación del Imperio, haciendo explícito su profundo rechazo y desprecio hacia el mismo. Y es allí donde se produce la ruptura entre el cristianismo y el cristianismo propiamente paulino.

Pablo de Tarso introdujo un sentido radicalmente espiritualista y ultraterreno, el hombre sólo podía salvarse por la acción interior del espíritu. Esta doctrina que devaluaba la vida terrenal parecía favorecer los propósitos del Imperio. Mientras que Pablo propugnaba las "no diferencias de clases ni de estados" y pregonaba que la igualdad estaba en el espíritu, las diferencias entre "los de arriba" y "los de abajo" se iban dilatando. El antagonismo entre el cristianismo y el Imperio se irá diluyendo con el distanciamiento respecto al judaísmo que marcan los evangelios sinópticos. El Reino de Dios en la tierra, entendido al modo tradicional judío, se sustituye por una salvación mística y universal. Mientras que el cristianismo cede terreno, el Imperio avanza hasta convertir a la religión cristiana en su sustento moral.

Narciso Santos Yanguas, "Juliano y Teodosio", se pregunta si la base documental existente es suficiente como para calificar a Juliano como apóstata y a Teodosio como el Grande. El artículo intenta dar cuenta del por qué de la respuesta afirmativa a la que él mismo no adhiere. Los escritores de los cuales se recogen las fuentes son mayormente escritores cristianos y no paganos. En cuanto a la figura de Juliano, la fuente de información es Ammiano Marcelino, quien, a través de las descripciones que realiza, permite deducir que las virtudes y defectos del emperador podrían ser las de cualquier buen ciudadano, sumando a esto sus conocimientos sobre asuntos militares, su excesiva consulta a los presagios y su marcado sectarismo religioso respecto a quienes propagaban el cristianismo. Ammiano no llega a comprender totalmente el alcance del antagonismo entre el paganismo y la religión cristiana y por esa razón su posición frente a la figura de Juliano no presenta matices de hostilidad. En cuanto a la figura de Teodosio, su principal mérito parece haber sido el haber mantenido buenas relaciones con la Iglesia cristiana, de allí surge como el prototipo del buen emperador para los autores antiguos. Las principales fuentes son Ambrosio, Pacato Drepanio y Agustín de Hipona, enaltecedores todos del emperador a partir de su filiación cristiana. Es necesario reivindicar la figura y personalidad de Juliano a partir de una lectura no tan

clausurada de los autores cristianos. El héroe, a veces, se esconde en el cuerpo del otro.

Lellia Cracco Ruggini, "Emperadores y bandoleros: héroes oficiales y héroes populares en el imperio tardío", emplea las categorías que San Agustín utilizó para dividir la teología pagana (mítica y popular, natural en el sentido de filosófica y urbana o política) y con ello se propone echar luz sobre las distintas expresiones que asumió la veneración o demonización de los soberanos en el mundo antiguo. De esta manera las distintas actitudes serían: el homenaje popular y supersticioso, la admiración que tendía a convertirse en una especie de "santificación personal" y la canonización que se materializaba a través de los ceremoniales senatoriales de apoteosis. De los primeros dos aspectos se encuentran ejemplos en la cultura greco-oriental. La tradición romana no amparaba dentro de sus límites la posibilidad de otorgar personalidad sobrehumana a un mortal, aumentado de esta manera la necesaria y bien vista dependencia del *princeps* con el mundo sobrenatural.

Julio Mancas, "Germánico y Tiberio", se propone ofrecer, a través de un minucioso estudio de las fuentes (entre las que incluye la numismática y la epigrafía), un panorama más matizado de las figuras políticas de Germánico y de Tiberio. El resumen de Tácito ha elevado la figura de Germánico a la categoría de *pius* en oposición a los defectos y vicios de Tiberio. La tradición ha respetado estos conceptos, no reparando en que esta imagen era la construcción de algunos escritores antiguos que no gozaban de objetividad al momento de escribir. Aún así, si hablamos de "éxito social", sin duda el primer lugar le corresponde a Germánico. Los dos ocuparon importantes espacios políticos y si bien Germánico logró convertirse en un personaje más popular que lo inscribe en el lugar de los héroes, Tiberio, a partir de su prudencia política, de su buena gestión financiera del Estado y de las respuestas ofrecidas a los problemas que se iban presentado, merece, también, que la historia lo coloque en el mismo lugar.

Lidio Gasperini, "Cultos de héroes fundadores: Batos en Oriente, Taras en Occidente", lee desde el motivo fundacional el

importante protagonismo de Batos para los cirenaicos y de Taras para los tarentinos. A la existencia de fuentes literarias griegas y romanas que han permitido la afirmación de estos cultos, se le suman las fuentes arqueológicas que han posibilitado la confirmación de las anteriores. La memoria de Batos continúa vigente en Cirene durante la época helenística y hasta avanzada la época imperial romana. En el caso de Taras, las fuentes literarias son escasas aunque se ha logrado la recuperación de dos dedicatorias que le atañen, si bien de época romana. Las fuentes confirman el reconocimiento heroico de sus hazañas .

*Gabriela A. Monti*